

Aspiraciones fundamentales del hombre según la «Gaudium et Spes»

JOAN PLANELLA

La Iglesia, gracias al Concilio, ha realizado en sus planteamientos doctrinales y en su manera de presentarse ante el mundo un giro antropológico que ha resultado positivo y necesario. Esta nueva mentalidad, está produciendo un acercamiento de la Iglesia a todos los hombres, inclusive los indiferentes y alejados. Lo que hace falta es que todos los que pertenecemos a la Iglesia que ha dado en sus escritos este paso, lo demos también, convencidos de que es lo que realmente el mundo espera de los cristianos.

Este giro antropológico se nota en la constitución *Gaudium et Spes*, el documento con el cual la Iglesia ha querido indicar el cambio en favor de todos los hombres con pensamientos concretos y muy significativos.

Como veremos más adelante los primeros párrafos de la constitución son una muestra clara de lo que estamos afirmando. Encontrará ver cómo la Iglesia afirma categóricamente que quiere estar al lado de los hombres para compartir sus esperanzas, temores y necesidades... que no quiere ejercer ningún tipo de poder sino tan sólo iluminar con el evangelio todos los aspectos fundamentales de la humanidad actual. No le importa a la Iglesia del Concilio la condición social de los hombres ni tampoco su cultura, religión, edad, nacionalidad... *tan sólo quiere ayudar a estos hombres a conseguir una mayor realización de sus aspiraciones y elementales y también encontrar en la vida de cada uno de ellos la posibilidad de descubrir las aspiraciones de carácter trascendente, las aspiraciones que pueden salvar radicalmente al hombre.*

Los principios que iremos desgranando a lo largo de estos folios son de tipo general y teórico. Con todo, son válidos para todos.

pastoralista que quiere llevar a término una acción pastoral consecuente con el pensar oficial de la Iglesia, desde el concilio Vaticano II.

De todos los aspectos que toca la constitución G.S., nos fijaremos en las aspiraciones fundamentales que los hombres tienen y la forma que creemos más adecuada para que estas aspiraciones tengan un profundo sentido cristiano y sean para todos signos salvadores, como lo fue la presencia de Cristo entre los hombres.

Afirmación previa. Todas las aspiraciones de los hombres tienen que verse realizadas o con posibilidades reales de realizarse. Sólo de esta forma, si se trata de aspiraciones de carácter terreno, podrán servir para elevar al hombre a un nivel de aspiraciones de carácter trascendente. Las experiencias personales del logro de aspiraciones, pueden ser, aunque no siempre lo son, trampolín para conseguir el deseo inicial de aspiraciones cada vez más nobles. De esta forma se puede llegar a que gracias a la fe —desde este momento pisamos el terreno de la catequesis— podamos sembrar o despertar en el corazón de los hombres, mejor dispuestos, las aspiraciones profundas, trascendentes, religiosas.

La Gaudium et Spes como documento base

Iniciamos el trabajo indicando que la constitución G.S., es el documento base del que nos servimos para el desarrollo progresivo y metodológico de nuestra forma de ver, con relación a las aspiraciones de los hombres que la misma constitución señala.

Las citas abreviadas son todas del documento y a partir de ellas hacemos nuestras reflexiones de carácter catequístico, que pueden tener una incidencia muy concreta en nuestra labor apostólica.

«Unión íntima de la Iglesia con la familia humana universal: los quehaceres de los hombres con sus angustias, tristezas, también alegrías... especialmente la angustia de los que más sufren son las de los discípulos de Cristo también. La Iglesia se siente por ello íntima y realmente solidaria del género humano y de su historia. La comunidad cristiana está integrada por hombres que, reunidos en Cristo, son guiados por el Espíritu Santo en su peregrinar hacia el reino del Padre y han recibido la buena nueva de la salvación para comunicarla a todos» (n.º 1).

Puesta como base la finalidad principal de la Iglesia y vista claramente su misión salvadora, nos indica el documento los destinatarios de las palabras del concilio, especialmente la de este documento que desglosamos.

«Destinatarios de la palabra conciliar: La Iglesia se dirige a todos los hombres...» (n.º 2).

A partir del n.º tres de la constitución ya se inicia una labor desentraña las aspiraciones de los hombres.

«Al servicio del hombre: las preguntas angustiosas que se mula el mundo a pesar de las maravillas de los descubrimier La Iglesia quiere dialogar con los hombres (de esta humanic de todos sus problemas. De esta manera pretende aclararlos luz del evangelio y poner el poder salvador que ella tiene a posición del género humano. Es la persona del hombre que que salvar. El hombre objeto central de las explicaciones documento. Declara la altísima vocación del hombre. A la Igl no le impulsa ambición terrena alguna. Sólo desea una cosa: tinuar bajo la guía del Espíritu la obra de Cristo, quien vin mundo para dar testimonio de la verdad, para salvar y no p juzgar, para servir y no para ser servido» (n.º 3).

Toda misión catequística exige a una persona que es la portar de la Palabra salvadora. El catequista, todo cristiano conscie en su ambiente, puede realizar una misión de catequista, es el sigue los pasos de Cristo. Despertar aspiraciones trascender hacer que aspiraciones humanas devengan cristianas para chos hombres que las viven sin ilusión, no es sólo cuestión de todología y de palabras. Ante todo, somos los pastores los testimoniamos la verdad de lo que decimos creer. Hacemos misión como la hizo Cristo. Su testimonio y su palabra iban caminados a la conversión del corazón de los hombres qu escuchaban. La Palabra de Dios sin el testimonio personal que la anuncia es voz que clama en el desierto.

Se necesita además tener abiertos los ojos a nuestro alred para aplicar lo que la constitución indica cuando se refiere a tectación de los signos de los tiempos. Hay que vivir lo más sible y en verdad, la vida de los que queremos catequizar, hay encarnarse como lo hizo Cristo, hay que estar pendiente de demás y de todo aquello que puede ser de verdad un signo r lador de Dios en el mundo que catequizamos.

El concilio en el n.º 4 nos lo indica de forma general cuando d «Esperanzas y temores; para ello hay que estructurar a fonde signos de los tiempos actuales e interpretarlos a la luz del e gelio. De esta manera la Iglesia podrá responder los interro tes sobre la vida presente y la futura y la mutua relación de bas» (n.º 4).

Antes de pasar a las aspiraciones que se señalan en el n.º 9, parece bueno especificar un poco la metodología que nos v dada por la (propia) constitución conciliar cuando se refiere

necesidad de iluminar los signos de los tiempos a la luz del evangelio.

No hacemos otra cosa que desmenuzar el contenido del n.º 4, que hemos citado anteriormente de una manera global.

«Quiere *conocer* —el hombre— con profundidad creciente su intimidad espiritual y con frecuencia se siente más *incierto* que nunca de sí mismo».

Antes de seguir adelante en el análisis del n.º de la constitución que nos sirve de base, indicaremos que la primera palabra (concepto que nosotros subrayamos, es signo de una aspiración humana que toda persona puede sentir, y que la segunda palabra subrayada, quiere indicar el estado anímico o la consecuencia que dicha aspiración puede producir en cada hombre).

Una dialéctica semejante, la creemos válida a la hora de la catequesis, a partir de las aspiraciones de los hombres, especialmente las que tienen un cariz más personal.

Sigamos con nuestro cometido de análisis.

«*Descubre* paulatinamente las leyes de la vida social, y *duda* sobre la orientación que a ésta se debe dar».

«Jamás el género humano tuvo a su disposición tantas *riquezas*, tantas *posibilidades*, tanto *poder económico*. Y, sin embargo, una gran parte de la humanidad *sufre hambre y miseria* y son muchedumbre los que *no saben leer ni escribir*».

«Nunca ha tenido el hombre un sentido tan agudo de la *libertad*, y entre tanto surgen nuevas formas de *esclavitud* social y psicológica».

«Mientras el mundo siente con tanta viveza su propia *unidad* y la mutua *interdependencia* en ineludible *solidaridad*, se ve, sin embargo, gravísimamente *dividido* por la presencia de fuerzas contrapuestas».

«Persisten, en efecto, todavía, agudas tensiones políticas, sociales, económicas, raciales e ideológicas...».

«Se *busca* con insistencia un orden temporal más perfecto, sin que *avance paralelamente* el mejoramiento de los espíritus».

Nosotros proponemos que un buen método catequístico puede ser el que llamamos de los *contrastes*. Creemos en la importancia de que ante una aspiración humana positiva que un grupo de hombres ha conseguido, quede reflejado el contraste que supone la no universalización de una aspiración a la que aspiran todos los hombres. Avanzar mediante las luces y las sombras de lo que supone cada conquista de la humanidad, especialmente para los que tienen en sus manos la posibilidad de ampliar estas experiencias a otros hombres, es conseguir cristianizar unas aspira-

ciones que si son patrimonio de pocos, podemos decir que fruto del pecado de los hombres.

Para los hombres que deseando ardientemente conseguir a raciones que otros han realizado, no lo han conseguido, a causa del egoísmo de unos pocos, resulta muy difícil que acepten cristianamente la situación en que se encuentran. Con todo, los cristianos podemos hacer lo posible para que se sientan esperanzados, busquen con esfuerzo aspiraciones más inmediatas y que están de verdad a su alcance, de modo que sientan su capacidad de realización personal y de grupo, independientemente de que, poseyendo más que ellos, procuran los obstáculos convenientes para que no puedan alcanzar aspiraciones más nobles. Esto es su lado y trabajar con ellos, sin descuidar el aspecto trascendente del cristianismo y de la misión propia de todo pastor de almas es completamente necesario para evitarles el desánimo y la desesperación o rebeldía.

Aspiraciones más universales de la humanidad: «Se afianza la convicción de que el género humano no sólo puede y debe perfeccionar su dominio sobre las cosas creadas, sino que le corresponde además establecer un orden político, económico y social que esté más al servicio del hombre y permita a cada uno y a cada grupo afirmar y cultivar su propia dignidad. Por ello se crean reivindicaciones económicas; las naciones nuevas quieren participar en los bienes de la civilización moderna; a pesar de las aspiraciones las distancias entre las naciones más ricas y las más pobres se van acrecentando; reclamación por parte de la mujer de sus derechos; participación de la vida política y económica, social y cultural, piden los trabajadores y los agricultores una convicción común que los beneficios de la cultura sean para todas las naciones».

Teniendo en cuenta lo anterior añadimos las aspiraciones profundas y universales: «las personas y los grupos sociales están sedientos de una vida plena y de una vida libre, digna del hombre, poniendo a su servicio las inmensas posibilidades que les ofrece el mundo actual. Las naciones, por otra parte, se esfuerzan cada vez más por formar una comunidad universal». Como contraste de tipo general que confirma la metodología mencionada, dice el concilio, «el mundo moderno aparece poderoso y débil, capaz de lo mejor y de lo peor» (n.º 9).

Dos fuerzas poderosas interiores hay en el hombre. De las primeras anteriores deducimos que el hombre y sus posibilidades en el mundo se rigen por dos movimientos contradictorios que están constantemente actuando en todos los hombres. Estas fuerzas que se deben encauzar y que actúan en el hombre en direcciones contrarias son el amor y el egoísmo.

Si una crece la otra disminuye. De esta forma, se explica otra metodología catequística, la podríamos denominar la «metodología de las contradicciones personales».

No basta con que todos los hombres nos esforcemos para darnos cuenta de que fuera de nosotros se dan unos contrastes muy notables. Es preciso que veamos radicalmente y en profundidad que los contrastes exteriores que nos pueden llamar la atención, son el fruto de las contradicciones que se dan en nosotros mismos. Estas contradicciones son debidas al dinamismo y a la dialéctica constante dentro de la cual nos movemos, debido a la pugna que se da, en nuestro corazón, entre el amor como fuerza positiva y el egoísmo como fuerza negativa.

Apoyados en el texto conciliar que ofrecemos y teniendo en cuenta la dialéctica que supone la metodología de las contradicciones, nos introduciremos en las aspiraciones más concretas de los hombres de todos los ambientes, que la propia constitución señala.

El texto del concilio al que nos referimos es el siguiente: «De esta forma el mundo moderno aparece a la vez poderoso y débil, capaz de lo mejor y de lo peor, pues tiene abierto el camino para optar entre la libertad o la esclavitud, entre el progreso y el retroceso, entre la fraternidad o el odio. El hombre sabe muy bien que está en su mano el dirigir correctamente las fuerzas que él ha desencadenado, y que pueden aplastarle o servirle. *Por ello se interroga a sí mismo*» (n. 9).

Con la frase subrayada, nos introducimos en la tercera metodología catequística necesaria, para que devengan cristianas las aspiraciones todas de los hombres, de todos los ambientes.

Pero tengamos presente que esta tercera será eficaz en la medida que las dos anteriores se hayan logrado adecuadamente. Esta tercera metodología que más adelante explicaremos, recibe el nombre de metodología de las interrogaciones.

Antes de explicar la metodología veremos cuáles son los interrogantes del hombre.

Los interrogantes más profundos del hombre: «el hombre se siente limitado en sus deseos y llamado a una vida superior; tiene que elegir y renunciar —siente en sí mismo la división—; el materialismo en el que muchos viven hace que no quieran saber nada de estas contradicciones que se dan en sus vidas; otros, oprimidos por la miseria, no tienen el ánimo dispuesto para caer en la cuenta de estos interrogantes profundos; muchos piensan hallar su descanso en una interpretación de la realidad propuesta de muchas maneras; otros lo esperan del solo esfuerzo humano, el sentir toda la humanidad liberadora; otros piensan que la vida

no tiene ningún sentido. Con todo, los más numerosos se es planteando interrogantes profundos y vitales: ¿qué es el h bre? ¿cuál es el sentido del dolor y del mal?...

La Iglesia cree que Cristo muerto y resucitado por todos, d hombre su luz y su fuerza por el Espíritu Santo a fin de pueda responder a su máxima vocación y que no ha sido c bajo el cielo a la humanidad otro nombre en el que sea neces salvarse. La clave, el centro y el fin de toda la historia hum se hallan en su Señor y Maestro. Bajo la superficie de lo c biente hay muchas cosas permanentes, que tienen el último damento en Cristo» (n.º 10).

La última frase, a nuestro modo de ver, es la clave de todo lo queremos demostrar. Lo único permanente son las aspiracio de los hombres que tienen su culminación en Cristo, es decir las aspiraciones trascendentes, que están resumidas en la pe na de Cristo y en cada hombre que vive la gracia de Cristo.

Creemos que todas las aspiraciones del hombre, desde las elementales hasta las más profundas, que son la explicación hombre y que le dan sentido a su vida, están en el corazón cada hombre. Lo que hace falta es que encontremos la fo de dinamizar, de desarrollar al máximo todas y cada una de chas aspiraciones. Ello exige que todos los cristianos seamos lidarios para que se vayan consiguiendo, para el mayor nún posible de hombres, todas las aspiraciones, salvando al hon progresivamente, hasta conseguir que el culmen de la salvac le venga dada a cada uno, en el momento de su muerte.

Concretemos las aspiraciones de los hombres

Si hemos intentado exponer hasta el presente aspiraciones hemos denominado universales, queremos ahora señalar som mente, siguiendo los pasos de la G.S., las aspiraciones que pu tocar más de cerca a cada hombre en concreto.

Tenemos en cuenta lo que hemos afirmado anteriormente guiendo al propio concilio. Hay aspiraciones que normalm los hombres tendrían que sentir, pero que circunstancias de dole vario se lo impiden. Este obstáculo miraremos de resolv cuando toquemos el aspecto metodológico.

Realizadas estas previas consideraciones que creemos muy portantes, pasamos a señalar las aspiraciones de todo hom 1.º todo hombre aspira a que sea reconocida su dignidad mana.

«El hombre imagen de Dios: creyentes y no creyentes están

neralmente de acuerdo en este punto: todos los bienes de la tierra deben ordenarse en función del hombre, centro y cima de todos ellos».

¿Cuáles son las aspiraciones, que apoyan la aspiración fundamental, de querer ser reconocido todo hombre como tal?

- a) aspiración a tener lo elemental para vivir él y su familia,
- b) aspiración a tener una salud que le permita trabajar en beneficio de la familia y de la sociedad,
- c) aspiración en ser respetado en sus bienes y en su propia persona,
- d) aspiración a cultivar los valores de su inteligencia, la cultura, los aspectos de creación y búsqueda dentro de las capacidades de cada uno,
- e) aspiración a tener la posibilidad de actuar libremente según la recta conciencia y las normas establecidas dentro de una democracia.
- f) aspiración al trabajo correctamente remunerado y todos los derechos a que es acreedor según una sana justicia social. Dentro de este aspecto, no descendemos a detalles, que entran dentro de las legislaciones que regulan los aspectos laborales y que deben inspirarse constantemente en principios que vienen promovidos por el bien común. Nosotros bajo el prisma cristiano, afirmaremos las garantías que los documentos oficiales de la Iglesia han indicado en estos últimos tiempos.

Conseguidas todas las aspiraciones que van en la línea de una dignidad personal, y que hacen referencia a la persona en concreto, a los cónyuges y a sus hijos, son muchísimas más las aspiraciones que los hombres desean ver colmadas.

Incluso aspiraciones que de suyo son desmedidas, que son fruto del egoísmo y no del amor, debemos los catequistas, denunciarlas primero, para ver si en un segundo momento, pueden devenir criterios cristianos de acción.

Como síntesis de todo lo que venimos diciendo, en relación a estas aspiraciones que son elementales, puesto que inciden concretamente en la dignidad de la persona, creemos que los derechos proclamados por la ONU tienen una validez universal. Para los cristianos quedan ratificadas en la constitución G.S. que las ratifica y les da un sentido evangélico. Sentido que los que seguimos a Cristo debemos hacer nuestro.

Otras aspiraciones de la humanidad

Son aspiraciones que también pueden sentir todos los hombres de una manera personal, pero que tienen un carácter social al mismo tiempo.

a) aspiración a la multiplicación de las relaciones entre todos los hombres sin hacer ningún tipo de distinciones.

b) aspiración a servir a los demás hombres evitando las rivalidades.

c) aspiración a la promoción del bien común. Decimos con el concilio: «...el orden social pues y su progresivo desarrollo deben en todo momento subordinarse al bien de la persona, ya que el orden real debe someterse al orden personal y no al contrario» (n.º 26).

d) aspiración a respetar a toda persona: «cada uno sin excepción de nadie debe considerar al otro como otro yo» (n.º 27).

e) aspiración a respetar y a amar a los adversarios. «Quiénes sienten u obran de modo distinto al nuestro en materia social, política e incluso religiosa, deben ser también objeto de nuestro amor y respeto. El precepto del amor se extiende a los enemigos» (n.º 28).

f) la igualdad esencial entre los hombres y la justicia social. «Es lamentable que los derechos fundamentales de la persona no estén todavía protegidos en la forma debida en todas partes» (n.º 29).

g) aspiración a la responsabilidad y participación: «Para conseguir una mayor responsabilidad hay que conseguir una mayor cultura espiritual. No se puede llegar a esta responsabilidad si no se reconocen las condiciones de vida que lleven a tener conciencia de la propia dignidad humana, y respondan a su vocación entregándose a Dios y a los demás» (n.º 31).

h) aspiración a valorar toda la actividad humana: «Responde a la voluntad de Dios, según los creyentes, la labor que individualmente o colectivamente se ha realizado y se realiza en orden a lograr mejores condiciones de vida. El mensaje cristiano no aparta a los hombres de la edificación del mundo ni les llama a despreocuparse del bien ajeno, sino que, al contrario, les pone como deber el hacerlo» (n.º 34).

i) aspiración a ordenar toda actividad humana: «La actividad humana así como procede del hombre también se ordena al hombre» (n.º 35).

bre. Por tanto, ésta es la norma de la actividad humana: que, de acuerdo con los designios y voluntad divinos, sea conforme al auténtico bien del género humano y permita al hombre, como individuo y como miembro de la sociedad, cultivar y realizar íntegramente su plena vocación» (n.º 35).

j) aspiración a la justa autonomía de la realidad terrena: «Entender bien la justa idea de la autonomía de las realidades creadas. No se trata de que sea independiente de Dios y que los hombres pueden usarla sin referencia al creador, sino que las cosas creadas gozan de sus propias leyes y valores, que el hombre ha de descubrir y ordenar poco a poco» (n.º 36).

k) aspiración a la perfección de la actividad humana en el misterio pascual: «Dios es amor. Nos lo revela Cristo y ello nos indica que la ley fundamental de la transformación humana es el mandamiento nuevo del amor. Esta caridad hay que buscarla no sólo en los acontecimientos importantes, sino en la vida ordinaria» (n.º 38).

l) aspiración a una tierra nueva y cielo nuevo: «la espera de una tierra nueva no debe amortiguar sino más bien avivar, la preocupación de perfeccionar esta tierra. El reino está ya misteriosamente presente en nuestra tierra; cuando venga el Señor, se consumará su perfección» (n.º 39).

Es enorme la tarea que le espera a un catequista para que todos los hombres sean capaces de captar todas estas aspiraciones, tanto personales, como las que de la persona, tienen que pasar a toda la sociedad.

Es una labor de ascensión en espiral y en grupo.

Muy largo sería explicar cada una de estas dos fuerzas en favor del devenir cristiano de todas las aspiraciones humanas. Brevemente diremos que por labor de espiral queremos indicar, la que se realiza en ascensión creciente; de tal manera que, a medida que se avanza en el camino se profundiza y se solidifica el paso dado anteriormente. Y sin la solidificación y devenir cristiano de la aspiración anterior, es muy difícil que se consiga despertar interés por una aspiración sucesiva.

Labor en grupo quiere decir la necesidad de actuar en base al conjunto de los que participan a la misma catequesis. Las reflexiones se hacen en común y los compromisos que apoyan las reflexiones comunes, también.

Cometido de la Iglesia

«Ayuda que la Iglesia procura prestar a cada hombre: Como a la Iglesia se ha confiado la manifestación del misterio de Dios,

que es el fin último del hombre, la Iglesia descubre con ello el hombre el sentido de la propia existencia, es decir, la verdad profunda acerca del ser humano. El hombre aspira a Dios desde las profundidades de su corazón. El hombre no es del todo indiferente al problema religioso. Deseará saber al menos confusamente el sentido de su vida, de su acción y de su muerte. Sólo Dios puede dar respuesta cabal a esta pregunta. Ello por medio de la revelación en su Hijo, que se hizo hombre. No hay ley humana que pueda garantizar la dignidad personal y la dignidad del hombre con la seguridad que comunica el evangelio de Cristo confiado a la Iglesia. La Iglesia, pues, en virtud del evangelio que se le ha confiado, proclama los derechos del hombre» (n.º 4). Parece lógico, que después de las afirmaciones anteriores, podamos señalar dos posturas que se complementan y que deben marcar los catequistas que desempeñan el aspecto profético de la Iglesia.

1.º En lo posible, liberarán los condicionamientos en que se encuentran los hombres que les impiden conseguir las aspiraciones personales y de grupo.

2.º A partir de este punto los catequistas, en nombre de la Iglesia, tienen que demostrar de palabra y con la acción testimonio, que la Iglesia está ante todo, para ayudar a despertar y se desarrollen en el corazón de cada hombre, aspiraciones profundas y trascendentes. Aspiraciones que son las propias que el evangelio de Cristo señala y que han quedado explicitadas en la cita anterior.

Fijémonos con algunos textos de la G.S., lo que la propia Iglesia sobre este punto nos dice:

«Ayuda que la Iglesia procura dar a la sociedad humana: el que el Señor asignó a la Iglesia es de orden religioso. Pero precisamente de esta misma misión religiosa derivan funciones, medios, y energías que pueden servir para establecer y consolidar la comunidad humana según la ley divina» (n.º 42).

«Ayuda que la Iglesia a través de sus hijos procura prestar dinamismo humano: el concilio exhorta a los cristianos, ciudadanos de la ciudad temporal y de la ciudad eterna, a cumplir con fidelidad sus deberes temporales, guiados siempre por el espíritu evangélico. El divorcio entre la fe y la vida diaria de uno debe ser considerado como uno de los graves errores de nuestra época» (n.º 43).

«Ayuda que la Iglesia recibe del mundo moderno: interesa al mundo reconocer a la Iglesia como realidad social y firme

de la historia. Se debe adaptar el mensaje evangélico a las diversas mentalidades de los pueblos y de las gentes» (n.º 44).

De todas las citas que acabamos de hacer resalta especialmente la primera, la que nos indica con claridad que la Iglesia tiene una misión esencial, la religiosa. Pero nos dice también, que las demás colaboraciones de tipo diverso que la Iglesia puede ofrecer al mundo, son válidas y deben asegurarse.

Fijémonos con todo, que termina la primera parte de la constitución G.S. afirmando categóricamente el aspecto fundamental de su misión en esta tierra: «Cristo alfa y omega: La Iglesia al prestar ayuda al mundo y al recibir del mundo múltiple ayuda, sólo pretende una cosa: el advenimiento del Reino de Dios y la salvación de toda la humanidad» (n.º 45).

Cuando en esta segunda parte de la constitución conciliar, la Iglesia toma en consideración algunos aspectos más importantes que afectan a todos los hombres, no hace otra cosa, que ampliar y fundamentar las aspiraciones todas, que éstos, en este mundo, pueden tener.

La Iglesia parte de las aspiraciones más personales y familiares y va ascendiendo en la escala de valores. También se fija en todas las implicaciones que ello supone para la humanidad entera y especialmente para los gobernantes y poderosos de este mundo.

Fijémonos de entrada solamente en los títulos de los capítulos de esta segunda parte y veamos confirmado lo que anteriormente hemos afirmado.

Capítulo I: dignidad del matrimonio y de la familia.

Capítulo II: el sano fomento del progreso cultural: «es propio de la persona humana el no llegar a un nivel verdadera y plenamente humano si no es mediante la cultura, es decir, cultivando los bienes y valores naturales» (n.º 53).

Capítulo III: la vida económico-social: «También en la vida económico-social deben respetarse y promoverse la dignidad de la persona humana, su entera vocación y el bien de toda la sociedad. Porque el hombre es el autor, el centro y el fin de toda vida económico-social» (n.º 63).

Capítulo IV: la vida en la comunidad política: «la conciencia más viva de la dignidad humana ha hecho que en diversas regiones del mundo surja el propósito de establecer un orden político-jurídico que proteja mejor en la vida pública los derechos de la persona como son los derechos de libre unión, de libre asociación, de expresar las propias opiniones y de profesar privada y públicamente la religión... con el desarrollo cultural, económico y social se consolida en la mayoría el deseo de participar más

plenamente en la ordenación de la comunidad política» (n.º 7).
Capítulo V: el fomento de la paz y la promoción de la comunidad de los pueblos: «...de aquí proviene —del hecho de que aun queriendo paz y unidad hay temor de divisiones— que el mensaje evangélico, coincidente con los más profundos anhelos y deseos del género humano luzca en nuestros días con nuevo resplandor al proclamar bienaventurados a los constructores de la paz, y a los que serán llamados hijos de Dios» (Mt 5, 9) (n.º 77).

No hemos creído oportuno desmenuzar cada uno de los capítulos. Todos ellos encierran un determinado número de aspiraciones muy propias de los hombres de todos los ambientes.

Múltiples son las causas que hacen que muchas de estas aspiraciones no alcancen el desarrollo adecuado.

Nosotros, desde el punto de vista cristiano, tenemos que decir con la G.S., que el cristianismo, la Iglesia, tiene la clave del desarrollo en todos los ambientes, para que las aspiraciones cumplan en todos los hombres.

Sólo ante el detalle esencial de la fe que ilumina el corazón de los bautizados y que es la impulsora de una esperanza que se detiene en suspiros de eternidad, ya que se mueve en el nombre de la caridad operante, se puede conseguir el progresivo y universal desarrollo de todas las aspiraciones humanas, que quedan encerradas y explicitadas en toda la constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual.

Antes de la conclusión, indicamos y explicamos el método catequístico que puede ayudar a conseguir esta esencial misión de la Iglesia. Hacer operante la fe de los bautizados, para que comprometan a favorecer todas las aspiraciones humanas, y no o menos adormecidas o anuladas, del corazón de todos los hombres.

Método catequístico que proponemos

Sin perder de vista la necesaria complementariedad de las tres metodologías que hemos propuesto, explicitamos en qué consiste la que llamamos metodología de la pregunta o de la interrogación radical.

Antes de llegar a la pregunta radical, el grupo de catequistas deberá hacerse preguntas aproximativas, que intenten responder un interrogante, que el mismo grupo se ha planteado a sí mismo. Se trata de un contraste de una acción exterior a cada persona del grupo con la acción del grupo en su totalidad. La pregunta también puede venir motivada por la persona o por el grupo, entre lo que se debe

nacer, el impulso del amor, y lo que en realidad se hace, llevada la persona o el grupo por el egoísmo, como fuerza contrapuesta al amor.

Como vemos, este segundo método podemos decir que es el complemento de un primer método con dos aspectos diferentes.

Realizadas estas explicaciones pasamos ya a la descripción de la metodología.

Concretemos la descripción con un ejemplo. Supongamos la aspiración de todo hombre de poseer una cultura capaz de darle una personalidad definida y el suficiente lugar en el concierto del mundo.

Tanto para los que ya la tienen colmada y se quedan tan tranquilos al comprobar que hay tantos hombres que no la han logrado a pesar de sus deseos, como para éstos que viven en la ignorancia, se pueden plantear algunas preguntas aproximativas a la que llamamos radical.

Preguntas como, ¿por qué se dan estas diferencias? ¿se podría hacer algo para conseguir una mayor igualdad de oportunidades?... Vamos avanzando hacia una pregunta que pone a los hombres o ante el absurdo o ante la propuesta cristiana, es decir, ante la respuesta que solamente puede salir de la fe y que puede comprometer verdaderamente la vocación de los hombres.

Supongamos que vamos respondiendo a un conjunto de respuestas que progresivamente se van acercando a la definitiva. En el caso de la cultura la pregunta radical, ¿cuál podría ser?

No siempre será fácil encontrar el tipo de pregunta correspondiente y quizás no siempre convendrá forzar si se ve que es difícil llegar a la posición límite.

De hecho, si el cristiano contestara a unas cuantas preguntas radicales con la suficiente sinceridad, creemos que sería consecuente lo que afirma creer y la vida real que lleva.

Intentemos ver si se puede dar esta pregunta radical con relación al ejemplo que hemos puesto.

Dice san Pablo a los Corintios: «Aunque hablara las lenguas de los hombres y de los ángeles, si no tengo amor, soy como bronce que suena o címbalo que retíne. Aunque tuviera el don de profecía, y conociera todos los misterios y toda la ciencia; aunque tuviera plenitud de fe como para trasladar montañas, si no tengo caridad, nada soy. Aunque repartiera todos mis bienes, y entregara mi cuerpo a las llamas, si no tengo amor, nada me aprovecha» (1.^a Cor. 13, 1-3).

Con estas afirmaciones de Pablo que son revelación del querer de Dios en Cristo, el catequista puede elaborar la pregunta radi-

cal, que lleva a todo hombre con capacidad de reflexión, a preguntarse el absurdo o la respuesta de fe.

¿De qué sirve al hombre tanta cultura si falta lo que de ver puede unir a todos los hombres, si falta el amor? Si falta la capacidad de dar a manos llenas al que carece de un bien elemental básico, cual es la cultura, ¿no es cierto que muchos hombres pueden estar tranquilos con su gran saber? ¿A qué es del que hombres tan inteligentes, tengan un corazón tan pequeño de modo que no es capaz de intentar una solución a un problema al que otros hombres tienen legítimo derecho?

Ante la ridiculez que supone un mundo ignorante frente a un mundo en opulencia de cultura, queda pensar o que la vida para muchos hombres deja de tener un auténtico sentido, ya que pueden alcanzar un elemento básico que su propia naturaleza humana les exige, o queda la posibilidad de poner por encima de la cultura de los que saben, el amor generoso de sus corazones en beneficio de la ignorancia de tantos.

Una pregunta radical que da sentido a la vida de todos los hombres es la que hizo Cristo en la cruz. Dirigiéndose al Padre clamó: Padre, ¿por qué me has abandonado?

Muchos hombres marginados por la sociedad de los opulentos pueden hacerse la misma pregunta ¿por qué los hombres, nuestros hermanos, nos han abandonado? ¿por qué Dios nos abandona? Y la respuesta solamente tiene dos posibilidades: desesperación, diciendo que la vida es un absurdo sin sentido la resignación estimuladora de la lucha a pesar de la opresión y con amor que viene de una respuesta cristiana.

Y aunque tenga sentido la vida, superficialmente hablando, y los opresores, cabe que si quieren profundizar en la verdad les haga también una pregunta radical. ¿Cómo es que los abandonados de mí y de los hombres como yo han llegado a este estado? ¿no somos nosotros culpables de la situación en la que encuentran? ¿no podrían cambiarse los papeles y sentirnos abandonados nosotros al absurdo de una vida oprimida?

Es muy difícil dar en la posición privilegiada de los pocos el ejemplo que pretendemos con la pregunta radical, pero no es imposible.

La conversión personal siempre tiene el inicio cuando se ha preguntado a preguntas radicales en profundidad.

Conseguir los dos objetivos señalados, pregunta radical y respuesta profunda, son necesarios para que lleguemos a una verdadera catequización.

De esta forma, mediante los planteamientos radicales que

aspiración humana tiene, podemos llegar lentamente, mediante el diálogo y la disposición del corazón de los catequizandos, a progresar en la comprensión de todas y cada una de las aspiraciones humanas, dándoles un sentido de fe, capaz de llevar a un compromiso de vida más auténtico.

CONCLUSION

Si queremos evitar que la catequesis siga suponiendo para la mayoría de los hombres, también de los bautizados, una superestructura añadida a su vida cotidiana, no tenemos más remedio, que decidírnos por incidir totalmente en la vida de los hombres. Son ellos los que nos tienen que contar sus aspiraciones, sus anhelos, sus preocupaciones, alegrías y tristezas.

Y somos nosotros que hemos de aprovechar la ocasión para iluminar sus aspiraciones con la fe que nos viene de los criterios bíblicos. Estos son sobre todo, los que nos van a servir para formular las preguntas radicales. Estas preguntas son el trampolín que nos llevan a realizar un salto en el vacío, capaz de devenir la luz potente que clarifique nuestra vida diaria.

Perder de vista estos planteamientos antropológicos por los que nos ha conducido la constitución *Gaudium et Spes*, es fracasar, según nuestra manera de ver, en el terreno pastoral.

Sin olvidar que la catequesis es acción de la gracia de Cristo, infundida por su Espíritu a todos los hombres, especialmente a los bautizados, busquemos además no fallar en los aspectos metodológicos suscitados y explicitados en los folios anteriores.

Si tenemos fe y pedimos a Dios la gracia de la convicción cristiana para nosotros y para los catequizandos y si además ponemos como base de la catequesis que impartimos las aspiraciones de los hombres, en los ambientes que fueren, podemos lograr sembrar en el corazón de todos los que siguen el proceso de nuestra catequesis, una semilla con capacidad de crecimiento y desarrollo fecundos.

Si los hombres y los propios cristianos comprenden y aceptan que sus aspiraciones de todo tipo, son el núcleo de su formación religiosa y de su crecimiento en la fe, esperanza y caridad, estamos logrando evitar que se dé en ellos, la nefasta dicotomía entre lo que dicen creer y lo que practican.